

¿Debe darse prioridad a la **AGRICULTURA?**

WALTER C. NEALE

En la actualidad, entre los economistas y asesores extranjeros de los países en desarrollo, cunde el punto de vista de que la agricultura debe tener prioridad en los programas de desarrollo. La naturaleza de la "importancia primaria" que se asigna a esa prioridad no está clara: unas veces parece ser de orden cronológico, otras parece ser simplemente lógica; a veces se considera que el desarrollo agrícola es el fundamento del desarrollo; otras veces, que es simplemente un factor necesario concomitante o adyacente del desarrollo. En consecuencia, no es posible decir que existe un solo punto de vista mayoritario y ni siquiera un punto de vista común; pero no sería excesivo señalar que la corriente más fuerte en las revueltas mareas de la discusión sobre los problemas del desarrollo corre en favor de que debe darse prioridad a la agricultura.

LOS ARGUMENTOS EN FAVOR DE LA "PRIORIDAD A LA AGRICULTURA"

La argumentación que actualmente se formula en favor de la prioridad del desarrollo agrícola sobre el desarrollo industrial puede resumirse en los siguientes términos: El desarrollo económico supone desplazamientos de mano de obra de fines agrícolas a otros propósitos; es preciso llevar alimentos de las áreas rurales a estos trabajadores que fueron agrícolas y ahora son industriales; si, como se piensa generalmente, la elasticidad ingreso de la demanda de alimentos en las áreas rurales es alta, sólo una pequeña cantidad de alimentos llegará a las ciudades con los trabajadores inmigrantes; si, como muchos creen actualmente, existe un producto marginal positivo de toda la mano de obra en las áreas rurales, el producto agrícola total se contraerá al desplazarse los trabajadores a las ciudades; la caída en el producto agrícola hará más difícil llevar alimentos de las áreas rurales a las ciudades; y estas condiciones crean la crisis de las "tijeras", que por primera vez fueron objeto de la atención mundial cuando el problema surgió en la Unión Soviética en la década de los veinte. Puesto que los trabajadores de las ciudades deben ser alimentados, sólo existen tres soluciones al problema: 1) forzar a la población rural, por medio de impuestos o algún otro instrumento, a desprenderse de una porción mayor de su producto de la que de otro modo cederían; 2) importar alimentos para la gente de las ciuda-

des; 3) elevar la productividad de la gente que permanezca en las áreas rurales, de tal modo que voluntariamente envíen a las ciudades suficientes alimentos para cubrir las necesidades de la creciente fuerza de trabajo industrial. La objeción a la solución 1 consiste en que, en una sociedad democrática en que la mayoría del electorado se encuentra en las áreas rurales, un gobierno elegido por el pueblo no puede forzar a sus propios partidarios a contribuir a la alimentación de las ciudades si no desean hacerlo. La objeción a la solución 2 radica en que es difícil, quizá imposible, desarrollar mercados suficientemente grandes para nuevas exportaciones manufacturadas a fin de pagar la importación de alimentos. Con esto sólo queda, por eliminación, la solución 3, pero la argumentación en favor de la agricultura va todavía más lejos. Afirma que es más fácil y barato lograr el desarrollo de la producción agrícola que el de otros ramos de la economía, y de este modo se establece un segundo apoyo del argumento: que el desarrollo agrícola economiza recursos.

La versión cronológica de esta argumentación afirma que la elevación de la productividad en la agricultura permite que la mano de obra vaya a las ciudades y, simultáneamente, pone en circulación alimentos que llegan a las ciudades junto con esa mano de obra. En consecuencia, los incrementos de la productividad agrícola elevan el número de los trabajadores libres—libres en el sentido de deseo y capacidad de ocuparse por un salario y también libres en el sentido de que deja de necesitárseles en la agricultura. Esto podría llamarse el enfoque de "impulso de la productividad agrícola" del desarrollo. La versión lógica de esta argumentación simplemente afirma que si los campesinos no pueden ser explotados y si no es posible importar alimentos, debe lograrse cierta tasa de incremento de la productividad en la agricultura para evitar que la mano de obra que abandona las zonas rurales regrese al campo. Esta versión del argumento consiente un pequeño rezago temporal en el incremento de la productividad agrícola, pero todavía considera que este incremento tiene una posición clave en el proceso de desarrollo. La razón de que todas las variantes de esos argumentos puedan denominarse "agricultura-en-primer-lugar", radica en que afirman o suponen que los incrementos en la productividad agrícola no seguirán al desarrollo industrial y la migración de la mano de obra a las ciudades, a menos que las autoridades responsables del desarrollo realicen un gran esfuerzo para introducir cambios en la agricultura.¹

NOTA: Versión española del trabajo "Most Agriculture Come First?", publicado originalmente en *The Journal of Politics*, Southern Political Science Association, Universidad de Florida. El autor es de la Universidad de Texas y del Planning, Research and Action Institute, de Lucknow, India.

¹ Se da por supuesto, curiosamente, que los trabajadores que emigran a las zonas urbanas se adaptarán, feliz o desgraciadamente, a las oportunidades urbanas y a la disciplina fabril, en tanto que no se con-

No pretendo argumentar que los incrementos en la productividad agrícola no son deseables para un país en desarrollo. Mi posición está lejos de ello, puesto que el desarrollo económico es simplemente el incremento de la productividad por trabajador en cualquier campo, y, de ser posible, en todos ellos. Lo que quiero poner en tela de juicio son los siguientes supuestos: i) que históricamente ha habido grandes incrementos en la productividad agrícola al comienzo del proceso de industrialización; ii) que la importación de alimentos no puede constituir una solución; iii) que se necesitan cantidades relativamente pequeñas de recursos escasos para incrementar la productividad agrícola; iv) que la productividad agrícola y la oferta de productos agrícolas en el mercado no se incrementarán sin esfuerzos especiales ("prioritarios") por parte de los gobiernos; y v) señalar que la prioridad a la productividad agrícola ha tenido un prejuicio anticampesino, sin duda no intencional.

Nada en esta argumentación debe entenderse en el sentido de que un incremento en la producción agrícola sería "algo bueno". Los incrementos en la productividad en cualquier sector en la economía traerán beneficios al desarrollo económico y, de hecho, constituyen el desarrollo económico. Tampoco debe interpretarse que este argumento implica que no se requiere incremento alguno en la producción agrícola, o que ese aumento no es deseable. La cuestión radica, más bien, en que los incrementos en la producción agrícola no necesitan ser grandes, ni necesitan lograrse precisamente en los comienzos del proceso de desarrollo, y desde luego, no antes que se haya puesto en marcha el proceso de industrialización.

LA INDUSTRIALIZACIÓN RÁPIDA Y LA EXPANSIÓN AGRÍCOLA EN LA HISTORIA

Se ha afirmado que una rápida industrialización sólo ha ocurrido en aquellos países que han experimentado grandes incrementos en la producción agrícola antes y durante los años del "despegue".² Esto depende, desde luego, de lo que se quiera expresar con "grandes incrementos", pero en dos casos sobresalientes de industrialización rápida, los de Japón y la Unión Soviética, la tasa anual de incremento de la producción agrícola y, especialmente, de la producción de cereales fue de alrededor del 2% (ver cuadros 1 y 2). A menudo se lee que la India enfrenta una crisis en el desarrollo porque su sector agrícola no está creciendo con suficiente rapidez y que sus planes quinquenales fracasarán si su producción agrícola no se eleva mucho más rápidamente. Sin embargo, la tasa compuesta de incremento de la producción agrícola hindú del principio del primer plan a mediados del tercero fue de más del 3%, mayor que las estimaciones de Jasny de la tasa de crecimiento lograda en la Unión Soviética entre 1928 y 1940. cuan-

sidera el mismo supuesto sobre los agricultores. Es decir, no se supone que los agricultores se adaptarán a las nuevas oportunidades del mercado. Incluso, podría decirse que se supone que los agricultores no se adaptarán. No resulta clara para el autor la razón de que esta asimetría la den por supuesta los mismos que argumentan que los campesinos se apegarán a planes de administración agrícola, si éstos se les presentan de la manera apropiada.

² Véanse, por ejemplo, Y. A. Sayigh, "The Place of Agriculture in Economic Development", *Agricultural Situation in India* (número anual, 1959, 14:445); *Report on India's Food Crisis and How to Meet It* (Nueva Delhi, Ministerio de Alimentos y Agricultura, Gobierno de la India, abril de 1959); Robert L. Heilbroner, *The Great Ascent* (Harper and Row, Nueva York, 1963), que dice (p. 8): "En casi cualquier país atrasado, debe incrementarse la productividad agrícola para que el desarrollo tenga lugar..." (Cursivas en el original.)

do la Unión Soviética estaba emprendiendo una rápida industrialización, y mayor que la lograda en Japón, ya sea que se tome un período corto en los años en que terminó el siglo pasado o un período mucho mayor desde 1880 hasta 1930. Si se considera que tasas de crecimiento de 2 o 3 por ciento son "altas", los países pobres del mundo no necesitan vivir en el temor de que el sector rural frustrará su progreso económico, porque las naciones que ya comenzaron el proceso de industrialización están alcanzando tasas de crecimiento de esta magnitud.

CUADRO 1. Tasa de crecimiento de la producción agrícola japonesa

De	A	Número de años	Crecimiento anual* (%)	Fuente
1878/82	1933/37	55	2.23	(1)
1878/82	1918/22	40	2.59	(1)
1878/82	1908/12	30	2.90	(1)
1881/90	1911/20	30	1.92	(2a)
1883/87	1908/12	25	2.98	(1)
1883/87	1903/07	20	3.02	(1)
1895/99	1915/19	20	2.72	(2)
1881/90	1891/00	10	2.42	(2a)

* Tasa compuesta calculada con base en las cifras de las fuentes.

FUENTES: (1) Yugo Yamada, *Nippon Kokumin Shotoku Suikei Shiryō* ("Japanese National Income Estimates"), Toyo Keizai Shinpo, Tokio, 1957. Cuadro 126, p. 19, "Producto agrícola a precios de 1928-32". (2) William W. Lockwood, *The Economic Development of Japan*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1954, p. 87. (2a) *Idem*, citando los cálculos de Bruce F. Johnston.

CUADRO 2. Tasas de crecimiento de la producción agrícola rusa

Renglón	De	A	Crecimiento anual* (%)	Fuente
Producto agrícola bruto	1929	1940	4.34	Oficial soviética
Cereales	1928	1939	3.49	Oficial soviética
"Vegetales" (no "animales")	1928	1940	2.24	Naum Jasny
Toda la agricultura	1928	1940	1.16	Naum Jasny
Valor neto agregado por la agricultura	1928	1940	0.41	Naum Jasny
Cereales	1928	1940	1.03	Naum Jasny

* Tasa compuesta calculada con base en las cifras de las fuentes.

FUENTE: Harry Schwartz, *Russia's Soviet Economy*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1954; pp. 352 y 359. Ver en el texto el método por el cual Jasny llegó a sus estimaciones.

OBTENCIÓN DE PRODUCTOS AGRÍCOLAS
MEDIANTE LA EXPORTACIÓN DE LOS INDUSTRIALES

Mientras la tasa de incremento de la agricultura es insuficiente, es perfectamente posible para los países en desarrollo incrementar algunas líneas de exportaciones. Tradicionalmente, las exportaciones de estos países han sido productos agrícolas primarios o productos minerales. Los minerales seguirán siendo el tipo de exportaciones cuya expansión se logra más fácilmente, pero tanto los minerales como los productos minerales que se exportan pueden aumentar su valor si se procesan internamente. De este modo, países tan diferentes como la India y Liberia, mientras siguen incrementando sus exportaciones de mineral de hierro, pueden también convertir este mineral en hierro de primera fusión o en acero e incluso en productos siderúrgicos. La India puede llegar a ser un exportador de carbón a los países del sur y el este de Asia.

En el curso de su desarrollo, Japón financió las importaciones de materias primas y combustibles mediante exportaciones de manufacturas ligeras baratas. Otros países pueden seguir una pauta similar. No es posible que todos los países pobres produzcan y exporten bienes manufacturados baratos simultáneamente sin deprimir los mercados mundiales, pero no es probable que esto constituya un problema real, porque es muy difícil que todos estos países lleguen simultáneamente a una etapa en que puedan fabricar estos productos a bajo precio. De acuerdo con la pauta japonesa de desarrollo, parece mucho más probable que estos países sean capaces, durante su desarrollo, de exportar manufacturas ligeras por un tiempo, y luego resulte que los precios de la mano de obra se hayan elevado y que su ventaja comparativa se desplace a renglones que requieren una mayor intensidad de capital, y otros países, cuyo desarrollo haya empezado después, entrarán a este campo. De hecho, puede formularse la hipótesis razonable de que los países actualmente subdesarrollados llegarán a ser a largo plazo países con ventaja comparativa en manufacturas y en industria pesada, mientras que algunos de los países altamente desarrollados de la actualidad tendrán a largo plazo ventaja comparativa en la producción agrícola.

CRÉDITOS EXTERNOS MÁS FÁCILES PARA LA AGRICULTURA
QUE PARA LAS IMPORTACIONES DE MANUFACTURAS

Además, en la actual situación mundial, es mucho más probable que un país que se encuentre escaso de alimentos o materias primas agrícolas pueda importarlos con créditos a largo plazo, que un país al que le falten divisas para importaciones industriales reciba créditos a largo plazo. El principal ejemplo actual de un financiamiento en términos concesionales para importaciones de alimentos es la oferta norteamericana de "créditos agrícolas suaves" a los países pobres, conforme a la Ley Pública 480. Asimismo, no parece improbable que Canadá pueda ser llevado a otorgar créditos a largo plazo a los países pobres que se interesen en el trigo que llena los silos canadienses después de cosechas abundantes.

EL COSTO MARGINAL DE LOS PRODUCTOS AGRÍCOLAS
VS. LOS INDUSTRIALES

El punto de vista de que el costo de mejorar la productividad agrícola es bajo pasa por alto dos consideraciones. Por una

parte, los costos de los trabajos de extensión agrícola son probablemente altos o, por lo menos, el bajo monto de la reutilización de los trabajos de extensión agrícola en países pobres puede interpretarse como prueba de la existencia de altos costos. Las discusiones sobre el fracaso de los programas de desarrollo de comunidad para elevar la productividad agrícola se han concentrado en las formas apropiadas de acercarse a los campesinos, en las actitudes convenientes del personal encargado de los programas y en las cuestiones de organización. Se da por supuesto que los cambios en la organización, en las actitudes y en las técnicas de persuasión son gratuitos o muy baratos. Sin embargo, puede ser costoso adquirir y proporcionar a los encargados de programas de extensión agrícola la información correcta sobre cada zona; entrenar trabajadores para que la transmitan; reestructurar la organización y actitudes de la administración pública, y encontrar a los campesinos que usarán y divulgarán la información, haciéndola quizá más valiosa o menos riesgosa para que los cultivadores potencialmente adelantados utilicen las nuevas técnicas. Si se le considera como "inversión de capital en recursos humanos", el gasto en extensión agrícola puede tener una alta relación capital-producto. La experiencia de la India durante una década de llevar a cabo proyectos en gran escala de desarrollo de comunidad muy probablemente ilustra un caso en el que son elevados los costos del trabajo efectivo de extensión agrícola en sociedades tradicionales. De acuerdo con esta argumentación, el aparente bajo costo del trabajo de extensión agrícola —aparentemente bajo porque requiere muy poco capital fijo y porque los salarios son bajos— puede llevar a error. Podría decirse que los reducidos presupuestos para entrenamiento de personal y extensión agrícola producen personal de baja productividad y, por ello, alto costo de mano de obra por unidad del producto agrícola logrado. O bien, en forma alternativa, podría decirse que el material con el que trabaja el personal dedicado a la extensión agrícola —en campesinado— es tan difícil de moldear que se requiere personal desusadamente costoso para lograr resultados "promedio". No importa el modo de decirlo que se elija, lógicamente son tan sólo formas variables de afirmar que, en los países pobres, la extensión agrícola es un insumo de alto costo. Antes de que sigamos creyendo que la extensión es un insumo de alto rendimiento, aquellos que aducen que lo es deben probarlo mediante una cuidadosa contabilidad de los costos en los países subdesarrollados de hoy.³

Por otra parte, debe considerarse que el mejoramiento agrícola implica, de hecho, un gran desarrollo industrial. Los fertilizantes requieren una industria química; una industria química debe establecerse con máquinas, lo que implica la necesidad de una industria de máquinas-herramientas; estas industrias necesitan acero para sus materias primas; las plantas en que se hacen las máquinas y en que se producen los fertilizantes se construyen con acero y cemento; el cemento a su vez, necesita plantas y maquinaria hechas de cemento y acero. Las fábricas necesitan energía, lo que significa combustible, o concreto para las presas. Para la extracción o procesamiento de combustible hay que hacer maquinaria de acero. Todo este acero, concreto y maquinaria deben ser movidos sobre vías de ferrocarril he-

³ Quizá el éxito del trabajo de extensión agrícola en las partes más desarrolladas del mundo se ha derivado en buena parte del nivel general de educación, tanto de los extensionistas como de los agricultores. Si una parte adecuada del costo de esta educación general se asignara al proceso mismo de trabajo de extensión, la extensión agrícola en Estados Unidos, por ejemplo, sería un insumo de costo alto y no de costo bajo.

chas de hierro y acero o sobre carreteras hechas de concreto, que requieren más trabajos de extracción y perforación. Ni siquiera se necesita considerar el uso de maquinaria en el campo para ver que se requiere un complejo industrial a fin de poder elevar el producto agrícola. Antes de pensar en un tractor, es preciso pensar en irrigación y canales, que implican cemento, o pozos en que se utilizan bombas hechas en las fábricas con acero y que consumen electricidad o diésel.

Se ha planteado algunas veces que los principales elementos de un programa exitoso de mejoramiento agrícola se refieren a los "cambios institucionales". Un cambio institucional frecuentemente propuesto es la mejoría en los sistemas de comercialización. Mientras se trate de las relaciones legales entre los acreedores y los deudores o entre los comerciantes y los campesinos, la reforma del sistema de comercialización no requiere de la industrialización. Pero muchas mejorías en la comercialización tienen sus propios requerimientos infraestructurales, que exigen una base industrial —construcción de almacenes y de una red de transportes—, de nuevo estamos en el complejo de fábricas, concreto, acero, maquinaria y minería. Aun la enseñanza exige cierta base industrial, aunque sea sólo de hierro corrugado para construir casas que induzcan a las personas capacitadas para ello a trabajar como maestros en zonas rurales. La lista podría continuar *ad infinitum*, pero los requerimientos de fertilizantes, las instalaciones de riego y la red de transportes bastan para dejar en claro el punto.

Todas estas operaciones extraagrícolas hacen que los costos reales del mejoramiento agrícola sean mucho mayores que los costos aparentes o sea los que competen directamente a la unidad de explotación de la tierra. W. B. Back aduce que los campesinos norteamericanos no son por sí mismos altamente productivos:

¿9% o menos de nuestra fuerza de trabajo produce nuestra oferta de alimentos? No; además de los que realmente trabajan en el campo, otros muchos contribuyen a esta producción... Las afirmaciones que plantean la eficiencia de nuestra agricultura señalando el número de trabajadores del campo en relación con la fuerza de trabajo total en el país o con la población, son, por lo menos, distorsionadas. El desarrollo tecnológico y otros avances produjeron el cambio de muchas funciones antes realizadas en el campo, que las transformó en industrias-agrícolas. Esto ha llevado a una mayor especialización en la producción del sector agrícola y a una disminución de sus funciones en la producción agrícola... Alrededor del 40% del gasto total de los consumidores en bienes y servicios se destina a productos terminados de las industrias-agrícolas. En consecuencia, en una aproximación gruesa, 40% o más de nuestros recursos nacionales se dedican a la producción agrícola.⁴

EL FACTOR POLÍTICO Y LOS CAMBIOS EN EL INGRESO URBANO-AGRÍCOLA

El prejuicio contra el agricultor surge de la creencia de que la inflación debe evitarse y que una gran porción, probable-

mente la mayor, de los fondos para inversión debe provenir directa o indirectamente del sector rural. Se afirma que el sector rural debe aportar una gran porción de los recursos destinados a la inversión porque la agricultura genera alrededor de la mitad del producto nacional. Pero esta mitad del producto nacional la produce del 70 al 80 por ciento de la población en un país subdesarrollado típico, y poner la carga sobre las tres cuartas partes más pobres de la población sobre la base de que generan la mitad del producto evidentemente no es justo, ni está claro, *a priori*, que sea fácil hacerlo. ¿No es acaso la tres veces más rica cuarta parte de la población, que genera la otra mitad del ingreso nacional, un blanco más adecuado para lograr ahorros forzados u obligatorios?

Se argumenta que la elevación de los precios en el sector urbano provocaría descontento social y pondría en peligro la estabilidad del gobierno. ¿Pero no es igualmente probable que la caída de los precios relativos del sector rural llevará al descontento? Si el apoyo gubernamental descansa en primer término en la población urbana, es una buena política pedir sacrificios a los campesinos. Pero no es cierto en todos los países subdesarrollados que el apoyo peculiar al gobierno descansa en la población urbana más que en la rural: el Partido del Congreso en la India, que está en el poder, obtiene su apoyo principalmente del campo, y el fracaso del actual gobierno sudvietnamita en el control de su territorio es un fracaso en la obtención de apoyo generalizado por parte de la población rural.

La necesidad de una mayor producción agrícola en un país en desarrollo (además de la obvia necesidad de más alimentos cuando la población crece) surge porque la gente está emigrando a las ciudades y porque las crecientes industrias necesitan mayores cantidades de materias primas agrícolas. La gente que emigra a las ciudades desea más alimentos que los que consumía cuando estaba viviendo en el campo, porque los ingresos urbanos son (casi siempre) mayores que los ingresos rurales y la nueva clase trabajadora urbana desea dedicar una parte de su ingreso adicional a la mejoría de su dieta. Mientras tanto, de nuevo en el campo, las familias desean aprovechar la oportunidad que ofrece el hecho de que haya menos bocas que alimentar, para elevar su propio consumo de alimentos. El desfaseamiento entre la demanda incrementada de alimentos y la oferta total de alimentos puede ampliarse si la producción cae en virtud de que la gente deje el campo para irse a las ciudades.⁵

Es preciso eliminar el desfaseamiento, por la fuerza o por la inducción. Las autoridades pueden incrementar la imposición rural y exigir a los agricultores que lancen al mercado cantidades mayores de productos a precios fijos: ésta es una solución por la fuerza, que, casi por definición, exigirá un sacrificio de la democracia en un país formado principalmente por agricultores. La inducción en que comúnmente se piensa es la de incrementar el producto agrícola que las familias de agricultores pueden consumir, al mismo tiempo que se envían más alimentos (y materias primas agrícolas) a las ciudades. Otra posible inducción consiste en que se modifique la relación de intercambio de tal modo que favorezca a los agricultores. En ese caso, quizá las familias de agricultores preferirán los artículos producidos en las ciudades a los nuevos precios

⁴ W. B. Back, "The Economic and Institutional Forces", pp. 175-200 (Howard W.) Ottoson, (Ed.), *Land Use Policy and Problems in the United States*, University of Nebraska Press, Lincoln; 1963, pp. 189-191. El orden de las frases se ha cambiado. "Alrededor del 40%" de los "recursos nacionales" es demasiado alto y debe reducirse quizá a una tercera parte, puesto que una porción considerable de los recursos nacionales no se destinan a forma alguna de gasto de consumo.

⁵ Que esto ocurra es una cuestión a la que podemos confiadamente dar la respuesta de que nadie realmente lo sabe.

relativamente más bajos y estén dispuestas a limitar su propio consumo de alimentos para obtener una porción mayor de los nuevos bienes. Además, la nueva disponibilidad de bienes manufacturados puede llevar a los agricultores a buscar nuevas formas de incrementar su producción permitiéndoles de este modo comer más y comprar más manufacturas. Desde luego, puede ocurrir que los agricultores ni vendan más ni produzcan más.

En esto radica el punto crucial de la cuestión de la prioridad temporal. Si los agricultores no producen y venden más, como respuesta a los precios al alza y a los nuevos bienes —y a las oportunidades ofrecidas por las nuevas industrias de insumos agrícolas— se requerirán ciertamente algunos esfuerzos especiales. Sin embargo, ¿por qué suponer lo peor? ¿Por qué no tratar primero de que los agricultores de cada país reaccionen en el sentido indicado?

Parece probable que los esfuerzos destinados a elevar considerablemente la producción agrícola en las etapas iniciales de industrialización fracasen precisamente por haberse realizado en las etapas iniciales. Se dispondrá de los nuevos insumos sólo en cantidades desalentadoramente pequeñas. Habrá pocos bienes manufacturados con los cuales gratificar al agricultor por su mayor producción y volumen de ventas. En tales circunstancias, es posible e incluso probable que el incremento de la producción provoque una caída de los precios agrícolas, reduciendo el nivel general de vida de los agricultores, porque entonces podrán comprar menos artículos manufacturados. Durante la última parte del primer plan de la India, los precios agrícolas declinaron en más de 25% y a esta experiencia puede atribuirse en cierta medida la incapacidad de los agricultores de responder, desde ese momento, a las demandas gubernamentales.

En las etapas iniciales, desatar el proceso de desarrollo con la industria más que con la agricultura provocará inflación. La prioridad de la agricultura se plantea en parte para evitar este resultado. La estabilidad de los precios permitirá tanto a la población urbana como a la rural disfrutar de los beneficios del desarrollo.

Habrà estabilidad de precios agrícolas si la tasa de incremento de la producción de alimentos es igual a la suma de la tasa de incremento de la población, más la proporción del incremento del ingreso *per capita* dedicada a la alimentación (la elasticidad ingreso de la demanda de alimentos). Suponiendo que el ingreso nacional de un país que se está industrializando se eleva a razón de 5% al año, del cual una quinta parte (1%) es absorbida por el gobierno mediante imposición adicional, y que su población se incrementa a razón de 2% al año; si la elasticidad-ingreso de la demanda de alimentos es de 0.6, una tasa de incremento de la producción agrícola de 3.2% permitiría que los precios de los alimentos no tuvieran cambio.⁶ En un país que sufre de desnutrición, como ocurre

en muchos países pobres, sería "bueno" elevar la productividad agrícola hasta que el insumo de calorías y la composición de la dieta lleguen a un nivel más adecuado, pero esa mejoría en la dieta en que la población está dispuesta a gastar sus incrementos de ingreso ya está reflejada en la "elasticidad-ingreso de la demanda de alimentos". Una tasa de incremento de la producción agrícola por encima del 3.2% llevará a una caída en los precios de los alimentos y, muy probablemente, a una caída lo suficientemente grande como para deprimir los ingresos reales de la población agrícola. Desde luego, no estamos tratando aquí de incrementos "considerables" de la productividad agrícola, sino más bien de tasas del rango del 3 al 4 por ciento.

Si, por una parte, una insuficiencia de los alimentos que sigue a la gente que emigra a las ciudades llevaría a una elevación de los precios, y por tanto al descontento urbano, por otra parte es igualmente cierto que una tasa de incremento de la producción de alimentos por encima de las tasas de desarrollo de la población y de la demanda derivada del aumento del ingreso provocaría una caída en los precios que desalentaría a los agricultores y provocaría el descontento rural. La tasa de desarrollo "requerida" de la producción agrícola no es difícil de alcanzar o, por lo menos, así lo indica la experiencia hindú. Lo que resulta difícil y costoso es lograr mayores tasas de desarrollo, por encima de 3 o 4 por ciento.

Habrà estabilidad de todos los precios sólo si las nuevas industrias proporcionan bienes de consumo al ritmo suficiente para absorber el incremento del ingreso no gastado en alimentos de precio estable. Pero, en la ausencia de una política de altos impuestos, los gastos en bienes de capital y en infraestructura crearán un ingreso disponible de los consumidores no compensado por el monto de los bienes de consumo que se pueden adquirir. La elevación resultante en los precios de los bienes manufacturados (se supone todavía estabilidad de precios agrícolas) provocará cambios en la relación de intercambio desfavorables al agricultor. Por tanto, aun una política de estabilidad de precios agrícolas puede tener un prejuicio contra los agricultores.

En este trabajo no se niega que un país en desarrollo necesita elevar la productividad de su sector agrícola. Lo que se niega es que el mejoramiento agrícola sea lo más importante (que tenga prioridad) y que el incremento de la productividad agrícola necesite ser grande, mucho más grande de lo que se ha logrado, por ejemplo, en la India, durante la última década. La creación de industrias puede preceder el incremento de la productividad agrícola, siendo el incremento de la productividad agrícola un resultado de los bienes proporcionados por el creciente sector industrial y del estímulo de precios relativos constantes, o aun al alza, derivados del desarrollo de un sector industrial grande y en expansión. Si en este punto no hay un incremento en la producción agrícola —si las fábricas de fertilizantes no pueden vender sus productos, si las semillas híbridas se acumulan en los almacenes, si los fabricantes de bombas no pueden venderlas a los agricultores en zonas con energía eléctrica— habrá una verdadera crisis y se requerirán procedimientos especiales de alta prioridad. Sin embargo, cabría preguntarse ¿cuáles son los países subdesarrollados de África y Asia en los que se ha llegado a esta situación?

⁶ Es decir, el aumento de la demanda de alimentos es igual al incremento de la población (2%) más el producto de la elasticidad-ingreso de la demanda de alimentos (0.6) por la suma algebraica del incremento del ingreso nacional (5%) menos el incremento de la población (2%) y el incremento en la imposición gubernamental (1%): $2\% + (0.6)(5\% - 2\% - 1\%) = 3.2$ por ciento.